PIO BAROJA, CORRESPONSAL DE GUERRA (1903)

En la vida de Pío Baroja existe un episodio que los biógrafos o estudiosos de su obra apenas han tenido en cuenta, posiblemente encaminados por el propio novelista, que en las vueltas y revueltas sobre su pasado señaló unos caminos por los que se han deslizado todas las visiones posteriores (1). Episodio, en verdad, poco trascendente en apariencia, el de una empresa escasamente interesante, tanto por su propio desarrollo como al considerar la participación de Baroja en ella; corta en el tiempo, olvidada en la historia y sin aparente influencia en la obra novelística del autor, que al fin y al cabo es siempre lo que más importa.

No es, sin embargo, despreciable. El episodio tiene interés situado en el momento en que el joven novelista lo vive; formó parte de su experiencia en un momento en que podemos pensar lo acogería con el máximo entusiasmo. En segundo lugar nos ha dejado como resultado unos textos que pueden decir algo sobre quien los escribió. Y, en tercero, puede encontrarse su huella en obras posteriores y contribuir al entendimiento de su modo de elaborar la novela y, por consiguiente, a conocer su personalidad de escritor.

El episodio a que nos referimos aparece aludido en sus *Memorias*, y lo resume así:

> Durante algunos meses, no muchos, estuve yo de redactor-jefe en *El Globo*. En los primeros días del año 1902, Rius quiso que fuera yo a Tánger a hacer un reportaje más o menos pintoresco sobre lo que ocurría en Marruecos... (2).

Le fallaba algo en el recuerdo. Fue entre 1902 y 1903, de hecho a comienzos de 1903, cuando tuvo lugar el suceso en el que tomó parte y que sin duda le entusiasmó al proyectarse porque le ofrecía la oportunidad de ser protagonista, o al menos testigo, de una aventura de las que tanto le atrayeran en las apasionadas lecturas de folletines que llenaron sus años de infancia y adolescencia.

En aquella fecha se había desentendido ya del negocio de pana-

(1) Pío Baroja ha hablado directamente de sí mismo, seguramente por la imposibilidad de separar su vida de su obra, en el «prólogo» de *Páginas escogidas*, Madrid, Calleja, 1918; *Juventud, egolatría* (1917); *Intermedios* (1931), el discurso de ingreso en la Real Academia Española; *La formación psicológica de un escritor* (1935) y, finalmente en sus *Memorias* (1944-1947).

(2) *Final del siglo XIX y principios del XX*, p. 224.

dería, que iba quedando atrás, como quedara la profesionalidad médica. Estaba dando los primeros pasos de una entrega total a su vida de escritor. Había publicado, tras su primer libro de cuentos, *Vidas sombrías,* cuatro novelas, entre ellas *Camino de perfección.* En un banquete en su homenaje, dado por este motivo, se habían sentado junto a él jóvenes luchadores, como Azorín, Valle-Inclán o Maeztu, y había recibido el espaldarazo de los maestros Pérez Galdós, Mariano de Cavia y Ortega Munilla, que ocuparon en él la cabecera. Sus artículos habían merecido la acogida de periódicos importantes como, últimamente, *La Justicia,* de Salmerón, y ahora *El Globo,* diario que se encontraba en una etapa renovada y animosa.

El mismo, en sus *Memorias* (3) expone la situación del periódico, famoso en tiempos en que lo dirigiera Castelar, pasado luego a manos del conde de Romanones, y comprado recientemente por Emilio Rius, hombre con ambición política, que formó una redacción en la que tuvieron activa parte José Martínez Ruiz y Baroja. En los números de esta etapa abundan las firmas, como colaboradores, de Francisco Acebal, José Zahonero, Navarro y Ledesma, Manuel Ugarte, Llanas Aguilaniedo, López Pinillos, Ramiro de Maeztu, Camilo Bargiela, etcétera. El periódico que se subtitulaba *Diario liberal* va a ser desde ahora *Diario liberal independiente.*

Baroja se había incorporado a la redacción de *El Globo* bien entrado octubre del año 1902. El periódico dio trascendencia al hecho, destacándolo y haciéndolo saber a sus lectores (4). La originalidad del novelista y prosista se habían hecho ya patentes en sus libros y Rius consideraba importante la adquisición del nuevo redactor.

Grave situación en Marruecos

Pocos meses después se producirán los sucesos que provocan la aventura de Baroja, de los que hay una primer noticia en el periódico el día 12 de noviembre, en un telegrama que da cuenta de desórdenes en Marruecos, causados por una rebelión de algunas cabilas contra el sultán, a los que siguen otros en los días inmediatos, dándose la impresión de que la insurrección se extiende y aumenta la gravedad de la situación. El 29 de diciembre el asunto alcanza al editorial del periódico y se llama la atención de los lectores, en artículo del que destacamos los párrafos más significativos:

(3) *Idem.*
(4) En el número 9815, correspondiente al 27 de octubre de 1902.

> La situación por que atraviesa Marruecos es gravísima... se va rápidamente a una intervención de las potencias, que es, al parecer..., la consecuencia positiva de esta guerra, sino (*sic*) es la causa real de la misma...
> ... un plan de Inglaterra para provocar la intervención de las potencias (5).

En el mismo número, y en «Noticias de última hora», podía leerse algo que contribuía a fijar la atención sobre el conflicto aludido:

> El suelto publicado anoche por nuestro colega *La Epoca* y las noticias recibidas ayer en Madrid nos pusieron en la pista de la gravedad de lo que ocurría en Marruecos.

La nota reproducida daba la noticia de una derrota causada por los rebeldes al ejército imperial y advertía acerca de la inseguridad en que se hallaban las plazas españolas en caso de un conflicto bélico en Marruecos. Al Gobierno español le era necesario tomar medidas de alerta, como las que el periódico le sugería:

> Telegrafiar a los señores comandantes de los departamentos marítimos para que tengan alistados, y dispuestos a zarpar al primer aviso, todos los buques que estén en situación de hacerse a la mar...
>
> Telegrafiar a los comandantes en jefe de los distintos Cuerpos de Ejército para que cada uno de ellos tenga dispuesto un regimiento de infantería, con doble dotación de municiones...

Los hermanos Baroja, corresponsales

El Globo también tomaba sus medidas. Para mantener su política de rejuvenecimiento llevada a cabo por lo que podíamos llamar equipo de Rius, decide situar a un miembro de su redacción en el lugar de los sucesos para poder informar diaria y rápidamente. En el número 9878, de 30 de diciembre, se comunica a los lectores las disposiciones tomadas para que el sistema de información montado por el periódico superase al de cualquier otro:

> La nueva empresa de este periódico no perdona ni perdonará sacrificio alguno para corresponder al creciente favor de sus lectores. Publicaremos, aprovechando la rapidez del cable y del telégrafo, fletando vapores, si es necesario, y montando en el interior de Marruecos una información especial y propia de cuantos hechos ocurran en el teatro de la guerra, y con o sin intervención de las tropas europeas...

En las medidas adoptadas entraba también la recepción de cables de París y Londres, de que se encargarían, respectivamente, Pérez Jorba y Alzamora, y el nombramiento de unos enviados especiales:

(5) *El Globo*, núm. 9877, 29 de diciembre de 1902.

> Ayer salieron de Madrid para Marruecos los redactores de este periódico: don Pío Baroja, eminente literato y periodista, y don Juan Gualberto Nessi, redactor artístico de *El Globo* y dibujante notable, encargados de organizar en el Moghreb la información de la guerra para los lectores de *El Globo* (6).

La redacción de la anterior nota deja traslucir claramente el clima en que se produjo el nombramiento de los dos hermanos Baroja, encubierto Ricardo por un seudónimo que usó en alguna de sus novelas, enviados a un lugar donde se producía «un importantísimo problema que tan hondamente afecta a la política internacional de todas las grandes potencias».

Los sucesos de Marruecos

Pero antes de seguir adelante, hagamos como los folletinistas tan gratos al joven corresponsal de *El Globo* y volvamos atrás para trazar las líneas generales de los sucesos que tanta alarma causaron en los medios oficiales españoles, a juzgar por la polvareda levantada en los periódicos.

El equilibrio europeo tenía uno de sus puntos débiles, o de posible fricción, en Marruecos. La política inglesa, en la que tenía excepcional importancia el dominio del estrecho de Gibraltar se apoyaba en la posesión del Peñón y la influencia ejercida sobre el sultán Muley Hassan.

En 1901 España había preparado un acuerdo hispano-francés sobre Marruecos, proyecto que no se llevó a efecto por la postura adversa de Rusia e Inglaterra. (Para entender el carácter de foco de tensiones europeas que podía significar Marruecos piénsese que en la Conferencia celebrada en Madrid en 1880, presidida por Cánovas del Castillo, participaron doce naciones). La Conferencia de Algeciras de 1906, en la que intervinieron las mismas doce potencias, se celebró a petición de Abd-el-Aziz, y estabilizó la inestable situación anterior, aunque sin lograr impedir la expansión francesa, ni el nuevo punto de fricción en 1911, que dio lugar al tratado de 1912 y la lenta delimitación de fronteras que duró hasta 1925.

La muerte de Muley Hassan, ocurrida en junio de 1894, había complicado la situación por su decisión de legar el trono a su hijo menor, Abd-el-Aziz, desposeyendo al mayor, Muley Mohamed, llamado «el Tuerto», que incluso había sido llevado a prisión por su padre, a causa

(6) Número 9878, 30 de diciembre de 1902.

de su xenofobia y la oposición a las concesiones que se venían haciendo a los europeos, especialmente a los ingleses.

En aquel cargado ambiente prendió fácilmente la predicación de una especie de santón llegado en 1902 procedente de Argelia que se proclamaba descendiente del profeta, y que, purificándose con la oración y el ayuno, denunciaba la tibieza religiosa y la entrega de la Corte a los extranjeros, es decir, a los infieles. Por presentarse modestamente montado en una burra fue llamado por todos Bu Humara (el hombre de la burra). Para el Gobierno pronto fue El Rogui (el rebelde). Todos olvidaron su nombre, Yilali Ben Dris Zerbruni el Yusefi.

El descontento encontró en él la figura que polarizase sus deseos y las cábilas descontentas se agrupan en torno suyo. Hasta 40.000 hombres y 30.000 caballos se reúnen pronto y al frente de ellos se asienta en Tazza, desde donde amenaza al sultán. Las primeras tropas que éste envía contra él sufren el descalabro que causó la alarma en los países europeos, entre ellos España, directamente comprometida en los problemas del norte de Africa. Castigado posteriormente, logra una nueva victoria sobre el campamento imperial. Son los días de gloria de El Rogui, que el 29 de enero de 1903 es alcanzado y derrotado por el sultán, retirándose a tierras de Melilla.

No es aquí el lugar para estudiar aquel conflicto, tan pequeño desde el punto de vista de sus consecuencias que no ha logrado un lugar en los manuales, sino la participación en él del periodista Pío Baroja. Sí para señalar la importancia que pareció tener en el momento de producirse. No sólo *El Globo,* cualquier otro periódico madrileño se mostró inquieto ante un conflicto que no se veía como problema interno, sino como posible causa de una guerra europea. Las alusiones más o menos veladas de la prensa sitúan a Inglaterra al lado del sultán y a Francia favoreciendo con armas y dinero a los rebeldes. A España, con posesiones en Marruecos y geográficamente próxima, le sería imposible mantenerse alejada.

El problema de las claves

El 30 de diciembre, como hemos visto, se anuncia la salida de los corresponsales. Al día siguiente ya se publican los primeros cables, dando cuenta de su llegada a Cádiz y su paso inmediato a Marruecos, más cargados de sinceridad que de noticias:

> Aquí se tienen pocas noticias verídicas del estado de la guerra en Marruecos... (7).

(7) Número 9879, 31 de diciembre de 1902.

El número de 1 de enero dedica al problema dos de las columnas centrales, bajo el rubro «Guerra civil en Marruecos». De ellas llenan una los «telegramas de nuestro redactor corresponsal don Pío Baroja». La firma aparece seis veces, en letra negrita, a lo largo de ella. El primero da un tono de cierto pesimismo, como si ya se enfriara el entusiasmo del corresponsal:

> Las primeras noticias son negativas. Hemos llegado a ésta sin novedad. No ha llegado a ésta bahía ningún barco de guerra...

Al día siguiente sólo ofrece el periódico una nota breve y otra relacionada con el sistema de claves ideado por el periódico, peripecia que Pío Baroja recordaba aún en su vejez, y de que algo hablaremos.

Además, el «fondo», como se llamaba al artículo doctrinal anónimo, fijando la postura del periódico, llevaba el título «Nietzsche, en el convento», y también se refería al palpitante problema en prosa de innegable filiación azoriniana (8).

La verdad es que toda la página está dedicada al reciente problema marroquí. Solamente disienten la gacetilla de un mitin de los libertarios de Gijón en solidaridad con los acusados de «la Mano Negra» y la nota que anuncia las reformas del periódico. (Por cierto que en él se da cuenta de la publicación en el folletín de la novela de Gorki *Los tres,* rúbrica que adoptaron para sus empresas comunes Baroja, Azorín y Maeztu.)

Toda la página, decimos, está dedicada al problema marroquí, porque el artículo de Azorín plantea la posibilidad y los motivos que justificarían una guerra en Marruecos, preocupación que alienta también la entrevista con el doctor Felipe Ovilo, que cierra la página.

Curiosa argumentación la del joven editorialista, el que ha metido al demonio —perdón, no, a Nietzsche— entre los capuchinos: A una guerra no se puede ir «por dignidad», como ha podido leerse en un periódico de la noche. Y en su argumentación resuenan ecos de las frases heroicas y las valentías inútiles de Cavite y Santiago de Cuba, y hasta el «honra sin barcos» de años atrás.

La escueta y garbosa evocación hecha en su vejez por Pío Baroja nos transmite el espíritu de aventura que se vivió en aquellos días en la redacción de *El Globo.* Pío Baroja, escritor ya probado, no un simple gacetillero, y su hermano Ricardo, en función de cronista gráfico, serían los corresponsales de una conflagración que se anunciaba en el norte africano. Para adelantarse a los demás periódicos se ideó el empleo de textos cifrados que se telegrafiarían. Se trataba, a juzgar

(8) Ha sido recogido por José García Mercadal en el volumen misceláneo de artículos azorinianos titulado *En lontananza,* Madrid, ed. Bullón, 1963.

por los recuerdos de Baroja, de un sistema «tomado de un libro que se titulaba *La clave de Arán,* y que yo no conocía. El procedimiento me pareció demasiado complicado» (9). El atractivo que siempre había ejercido la acción sobre él iba a tener una ocasión de satisfacerse: el exotismo marroquí, la guerra, las claves...

En la aventura tenían éstas un papel importante. Aún no había descubierto Baroja las artimañas de su gran personaje Avirameta, si no, se habría sentido émulo del gran conspirador. Envió sus telegramas normales y luego procedió a transmitir los que revelaban informes más sutiles o menos conocidos, pero los telegramas no llegaron.

El sábado 3, el periódico hace pública su consternación en una nota de redacción, que bien puede hacer las delicias del rebuscador de textos olvidados, porque en ella se trasluce la inconfundible mano del joven periodista José Martínez Ruiz. «Nuestros telegramas», se titula, y dice así:

> Cuando —anteanoche— dieron las tres de la madrugada todos nos miramos un poco tristes, un poco mohínos. Decididamente, los telegramas no llegaban. Habíamos pasado toda la noche esperando los papeles azules en que se leyera. *Tánger;* habíamos ido encontrando penosamente excusas a la negligencia de nuestros corresponsales...

El artículo —porque tamaño y categoría de artículo tiene la nota— maneja la ironía. Baroja había telegrafiado «por extenso». Los telegramas habían existido y se habían cursado:

> Entonces ¿por qué no se nos han entregado? ¡Es que estos telegramas venían en un lenguaje terrible! En la dirección de Telégrafos, en el Ministerio de la Gobernación estaban espantados. Y se nos pasó un diminuto volante diciendo que nuestros despachos quedaban detenidos.
>
> Venían en castellano; es verdad que este castellano era un poco incoherente y enigmático —algo así como un artículo de Sellés—, pero nosotros no veíamos razón, porque no la hay en ley escrita ni reglamento racionalmente dictado para que suscitasen el espanto del jefe de Telégratos y del señor Ministro.
>
> Y como en España el Código penal es para los mandados, pero no para los que mandan...

De lo particular a lo general, del problema de los telegramas a la política del Gobierno, el ataque se centra en la persona del jefe del Gobierno:

> Se habla mucho de moralidad íntima y pública; se llega al ministerio con gestos y ademanes de paladín heroico; se urden discursos copiando la sintaxis —no el espíritu— de Saavedra Fajardo..., y cuando llega el momento de sanear las corruptelas seculares, cuando se está

(9) *Finales del siglo XIX y principios del XX,* p. 224.

> en el trance de acoplar la obra con la palabra, entonces la energía falta, el ambiente anonada la personalidad y se es tan mezquino, tan vulgar, tan torpe, como los doscientos ministros que por allí han pasado...

No copiamos todo. Sí la frase que descubre a la persona contra quien se ha dirigido la anterior andanada, figura admirada en años posteriores por Azorín, y al que elogió, en frase que recuerdo de memoria por ser un político que leía a Saavedra Fajardo:

> ¿Dónde está la lógica, señor Maura? ¡Querer hacer una revolución y respetar el artículo de un reglamento que barrena la Constitución! ¿Es este su gran espíritu reformista?

Para concluir, citamos el final del artículo, por lo que nos aclara respecto a las posturas del periódico, de su corresponsal y del episodio de las claves:

> A nosotros no se nos ha entregado en esta ocasión lo que era nuestro. La clave no se ha impedido (*sic* ¿«nos lo ha»?). Y ya que volvemos a hablar de la terrible clave, ¿quiere saber el lector por qué la usamos? En Madrid hay periódicos ricos, aunque no tengan iniciativas, y hay periódicos que no son ricos ni tienen iniciativas. Nosotros somos modestos; pero aspiramos a traer a esta prensa vetusta una ráfaga de aire fresco. Acabaremos, en lo que a nosotros respecta, con muchas rutinas e innumerables apocamientos. Ahora hemos enviado a Tánger no un repórter, como es costumbre, sino un literato, de tan original y profundo espíritu como Pío Baroja. Y bien: no queremos que nuestros despachos —según antigua práctica— sean usufructuados antes de llegar a nuestras manos por todos los jefes de despacho, jefes de gabinetes, secretarios y adláteres que acampan en el ministerio encargados de fiscalizar lo que se dice en España violando el secreto de la correspondencia que nuestros abuelos reputaron como uno de los inviolables derechos individuales.

La corresponsalía

Los telegramas

El repaso a los cables telegráficos no proporciona apenas datos de interés en relación con la obra del novelista. Se muestra diligente y atareado en la busca de informaciones, señalando casi siempre sus fuentes, que son de índole diversa y que por su carácter no se revelan de primera mano en todas las ocasiones: «Me aseguran...», «Según noticias al parecer autorizadas», «Varios rumores corren, que aunque todavía no están confirmados...». La honradez de Baroja le impide lanzar sensacionalismos, ni afirmar aquello de que no está seguro. Los telegramas permiten figurarnos al periodista de un lado para otro,

haciendo preguntas y tratando de allegar informaciones. Hace ver sus idas y venidas, que se nos antojan asombrosamente parecidas a las que traza Aviraneta en Bayona o Madrid cuando urde alguna de sus conspiraciones.

En la prosa telegráfica se filtran en alguna ocasión imágenes novelescas, a pesar de lo poco apropiado de su carácter, con su necesidad de ahorrar palabras y ofrecer los hechos escuetos:

> Según noticias de carácter fidedigno, que me comunica un activo confidente, el general Make Lean, jefe instructor de las tropas del Sultán, vino aquí a caballo y cubierto de barro... (10).

En otro caso, se da cuenta así de la retirada del sultán:

> en la primera ocasión que se le ha presentado ha vuelto grupas, pensando tal vez en la belleza de la hija de Mac-Lean (11).

Verdad es que también se entrevistó con el sheriff Wazzan, Mohamed Torres, el agente español, señor Cologan y presenció las escaramuzas que se produjeron cerca de Tánger. En una palabra, hizo lo que pudo. Es claro que en Tánger no era fácil informarse, llegaban noticias contradictorias, y, sobre todo, lo que parecía prólogo de un gran conflicto internacional se iba disolviendo en pocos días en una breve guerra civil, apenas un levantamiento, en la que los rebeldes no podrían soportar el primer golpe fuerte de las tropas del sultán.

Los cables iniciales creen en la posible agravación del conflicto, en la intervención de «Francia de acuerdo con su aliada Rusia» (por cierto que esta noticia provocó un comentario de *La Epoca* calificándola de peregrina, que *El Globo* contestó con alguna violencia, defendiendo a su corresponsal) (12), se espera la caída de Fez en manos del que es llamado «el Pretendiente», y nos parece ver en ellos alguna simpatía o deseo de triunfo de El Rogui. El 18 de enero aún le parece gravísima la situación del sultán. El día 20 una noticia breve da cuenta de una victoria de éste. Es la decisiva. Las notas de Baroja disminuyen. El día 26 se comunica el regreso de los corresponsales. El tema, que ocupó toda la primera página del periódico, se fue reduciendo a unas pocas noticias. Rápidamente se ha esfumado el supuesto

---

(10) Número 9875, 3 de enero de 1903.
(11) Número 9893, 14 de enero de 1903. Al novelista le eran más gratas las causas novelescas (como las de esta boda que ya telegrafió el primer día y que probablemente fue el único cable con lenguaje especial que forzó el bloqueo gubernamental) que las políticas.
(12) Número 9892, 13 de enero de 1903.

peligro de una guerra europea. La aventura de Pío Baroja ha terminado (13).

Las crónicas

Como es natural, en las crónicas sí abunda lo pintoresco, el dato con valor narrativo e incluso la escena propia de novela. Hasta tal punto, que parte de alguna pudo trasvasarse sin apenas retoques a una novela posterior. Tienen ese carácter la primera estampa del vagón de ferrocarril, la del cruce del estrecho, la afición al vino del «difunto sheriff» o un hermano de Abd-el-Aziz, o la estampa de la inglesa y el joven rifeño haciendo eses por las calles entre el regocijo de los moros. Las dos escaramuzas que presencia están descritas con viveza y realismo. El toque impresionista da una visión plástica del paisaje, la marcha de la columna y el combate. En un primer plano, como queriendo darnos profundidad de volúmenes al panorama, las escenas del moro en magnífico caballo y el corresponsal inglés en un penco de alquiler, la *miss* que cruza a velocidad... La escena nos trae al recuerdo una lejana lectura: aquellos corresponsales, inglés y francés, en constante rivalidad, de *Miguel Strogoff*. Al joven corresponsal español Baroja, en la confusión que produce una descarga cerrada se le tuerce la silla del caballo y tiene que apearse a colocarla bien (14).

La lectura de las siete crónicas firmadas por Pío Baroja ofrecen algunos datos sobre el escritor, que si nada nuevo nos descubren, confirman las características de su estilo e ideas en aquellos momentos.

Lo más destacado en ellas es el predominio de lo literario sobre lo puramente periodístico, de lo novelesco sobre lo informativo, sin

(13) Los cables desde Marruecos abarcan desde el 31 de diciembre de 1902 al 22 de enero de 1903 (números 9879 a 9901). En el 9906, de 26 de enero, se da cuenta de la llegada a Madrid. Las crónicas publicadas fueron siete: «De Madrid a Tánger», «Origen de un conflicto», «Tánger», «Europeos y marroquíes», «Opinión de un diplomático», «La *razzia* contra los faitas» y «Presenciando un combate». Corresponden respectivamente a los días 5, 8, 9, 10, 19, 20 y 23 de enero. Ricardo Baroja publicó, después de su llegada a Madrid, dos crónicas los días 4 y 8 de febrero, «Por qué no le prendieron a El Roghi» y «Comercio marroquí». De la corresponsalía gráfica sólo se sacan en limpio en el periódico unos dibujos a pluma con vistas urbanas, alguna de las cuales recuerda el tratamiento de Ricardo Baroja en las ilustraciones a la edición por entregas de *La busca*.

(14) El periodista Vicente Vera, enviado por *El Imparcial*, testigo también del suceso confirmó en su crónica la presencia de los hermanos Baroja en la escaramuza, si bien atribuye a Ricardo el incidente con la montura: «... Hubo entonces un momento de pánico entre los espectadores pacíficos, que ocupaban las faldas de la vallada, y todo el que pudo retrocedió al galope de sus caballos; algunos sintieron silbar las balas sobre sus cabezas; un moro, entre los curiosos, resultó herido, y nuestro buen amigo don Ricardo Baroja, aflojada la cincha de su caballo, tuvo que echar pie a tierra, y con serenidad admirable arregló su montura en medio del campo, mientras seguía el fuego, de una y otra parte». Recogido en su libro *Viajes y recuerdos*, cap. XV, *Entre cábilas*, Madrid. Biblioteca de *El Sol*.

que esta finalidad se descuide. La primera de las crónicas «De Madrid a Tánger» transmite la impresión viva del hombre que va a una misión, preocupado por ella y que trata de saber qué opinan otros del problema. Estos otros son un cura y un militar. ¿Es casual esta condición de los ocupantes del vagón? El militar expone una opinión muy noventayochista: «Me dice con voz muy fúnebre que estamos en absoluto desprevenidos, que no tenemos armamento, ni barcos, ni nada preparado...» El cura representa una despreocupación por todo lo que no sea su persona. A tres señoritos andaluces que suben luego tampoco les interesa más que el ídolo taurino del momento, «el Guerra». Fuera corre el campo latifundista. Se habla de Gibraltar y el abuso británico. Entran en el vagón unos niños vestidos como «bobys» ingleses. ¿Hay intención en estos elementos que parecen sólo pintorescos o costumbristas? No olvidemos que Inglaterra estaba detrás de la política del sultán, y que en la serie de cables de *El Globo* parece verse con simpatía a Bu Hamara, antibritánico, entre otras cosas.

La segunda crónica, «Tánger», es una impresion de la ciudad, cargada de visiones personales. La tercera, más explicativa, «Origen del conflicto» se sale también de la impersonalidad periodística para ofrecer anécdotas y datos pintorescos. Igual ocurre con la cuarta, «Europeos y marroquíes», y la quinta, «Opinión de un diplomático». Completan la serie las dos auténticas corresponsalías de guerra, «La *razzia* contra los faitas» y «Presenciando un combate». Más adelante veremos lo que estas crónicas nos dicen del pensamiento y la personalidad de su autor.

De la crónica a la novela

Conocido es el modo de operar de Baroja con la realidad trasvasándola a sus ficciones novelescas. Su sobrino Julio Caro ha sido el último en referirse a ello en sus *Memorias familiares:* «Podría señalar a qué episodio de su propia vida o de la vida del país corresponden ciertos episodios de tales novelas.» También «la base real de que partió mi tío para dar cuerpo a varios de los personajes de sus novelas» (15).

No solamente ha dado la envoltura de sus personajes a personas de su trato habitual o contemporáneos estudiados con esa finalidad. Los campesinos de Hontoria del Pinar que pudo conocer pasaron a cabalgar a las órdenes del cura Merino; las personas de su trato en Madrid, Vera del Bidasoa o sus viajes por el extranjero proporcionan vestidura física a los personajes imaginados.

(15) *Los Baroja. Memorias familiares,* Madrid, Taurus, 1972, p. 80.

Su mundo en torno ha entrado así en su obra. Muchos han podido ver en su casa la avutarda disecada de que se habla en *Silvestre Paradox,* o, en sendos fanales de cristal los chinos de porcelana que aparecen en *Las inquietudes de Shanti Andía,* la estampa de un navío arrostrando una tormenta que le sugirió la misma novela. Su vida infantil en San Sebastián pasó a las páginas —algunas de sus más bellas páginas— de *Las inquietudes...*, la de Pamplona, a *La sensualidad pervertida* y *Silvestre Paradox*. La casa de la calle de Capellanes, donde se halló la panadería que regentó, le sirvió para *Los últimos románticos* y *El sabor de la venganza. Los jardines del Buen Retiro* nos dan el ambiente que viviera en aquellos mismos días de redactor de *El Globo. El mundo es ansí,* la boda en Biarritz de su amigo Paul Schmitz...

Podrían acumularse los ejemplos, pero no es necesario. Sólo quiero insistir en hacer visible un procedimiento de hacer surgir la ficción aprovechando lo real que bien creo podría bautizarse como barojiano. Hombre de poca imaginación, o que se tiene por de poca imaginación, acude constantemente a la realidad, pero es para dar forma novelística a lo que paradójicamente ha imaginado antes. Lo que crea para sus novelas sabe que tiene existencia en la realidad próxima o en sus recuerdos, y allí acude para buscarlos.

Por eso podría asegurarse previamente a un repaso a su obra que la experiencia de su corresponsalía se hallaría en algún pasaje de sus novelas. Y así ocurre en una escrita a poca distancia de su viaje. *Paradox Rey,* y en otra no muy alejada de ella, *La feria de los discretos.* Todavía en alguna posterior, perteneciente a las *Memorias de un hombre de acción,* hallamos escenas procedentes de su aventura tangerina.

En «Paradox Rey»

Paradox Rey prolonga la acción de las *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox,* acentuando el aire de farsa, arrancando siempre no ya de motivaciones tomadas de la realidad, sino de experiencias personales, y por añadidura bastante próximas.

El comienzo de la novela transcurre en un pueblo próximo a Valencia, con recuerdos, o más bien impresiones, de su estancia en la ciudad levantina. El diálogo —no olvidemos que este segundo Palafox es una novela dialogada— nos revela el fantástico proyecto de Paradox. Un extraño y acaudalado inglés, especie de fantástico sionista piensa crear una república en un lugar africano, el «Canani».

El tono juliovernesco con que se inicia la narración envuelve una

trama que se ha producido también desde unos hechos reales. En sus *Memorias* nos ha hablado del intento de creación de una república o imperio del Cunani, en el que intervinieron algunos tipos de la bohemia matritense (16).

Lo que nos importa ahora es la acción que se desarrolla a partir de la escena III. Nos hallamos en Tánger, donde Paradox y sus amigos han de entrevistarse con el estrafalario inglés. En ella va a verter Pío Baroja su recuerdo, tan próximo todavía, de la aventura marroquí.

La impresión de su crónica de la ciudad africana ofrecida a los lectores de *El Globo* en la crónica titulada «Tánger»: «Las calles de esta ciudad ofrecen un aspecto abigarrado y pintoresco», se despliega en más amplia descripción, recogedora de la misma experiencia expresada por él.

La conversación en el *dinins-room* refleja otra experiencia personal de Baroja, tal como la refirió en su crónica «Origen del conflicto»:

Me despierta por las mañanas el sonido de las chirimías y dulzainas de unos moros que dan la serenata al sheriff, que vive cerca. Ejecutan una larga y extraña melodía que no concluye nunca; uno de los dulzaineros sostiene una nota aguda, y los demás llevan el acompañamiento.

Crónica

ABRAHAM WORF.—¿Y qué tal ha dormido usted, señor Palafox?

PARADOX.—No muy bien. La preocupación del viaje me ha desvelado, y cuando ya iba a conciliar el sueño me ha hecho saltar de la cama una algarabía infernal de dulzainas y tambores.

... ...

Paradox Rey

Al llegar a una parte de la canción intervienen los tambores con una algarabía infernal.

Crónica

WOLF.—¿Tú sabes si esta noche pasada dieron alguna serenata por aquí cerca?

... ...

HACHI.—Tú ya sabes tan bien como yo que aquí cerca vive el sheriff de Wassan, y que a él le dan la música.

Paradox Rey

Los reunidos en el hotel planean una excursión al cabo Espartel. Emprenden el camino montados a caballo, excepto Hadir Omar, al que se hace protagonista de una estampa trasmutada de una observación real:

(16) En *Memorias. Galería de tipos de la época*, pp. 319-321.

«... *alguna miss* espiritada montada en un borrico al que un morazo que grita «¡Balac! ¡Balac! hace correr a palos.

Crónica

Hachi Omar, montado en una burra parda, haciéndose paso entre la gente y gritando «¡Balac! ¡Balac!, que en árabe quiere decir ¡cuidado! ¡cuidado! (17).

Paradox Rey

Tras la excursión, y en ella la contemplación de la tierra española al otro lado del estrecho, tal como se encuentra también en la crónica «Europeos y marroquíes», aunque con distinta redacción, comienza la historia de los aventureros del Canani. Embarcan en el *yacht* inglés *Cornucopia* para dirigirse a la costa africana.

El viaje va a ser una trasposición literaria del cruce del estrecho por los enviados de *El Globo,* con un tiempo desapacible:

Con un tiempo frío y desapacible salimos del Hotel de París, de Cádiz, y vamos a la punta del muelle. Está lloviendo y ventea de un modo terrible.

Crónica

Está amaneciendo; llovizna y sopla un viento frío.

Paradox Rey

Algo había sorprendido a Pío Baroja al embarcar, que no dejó de anotar en su crónica y que ahora recupera el rango novelesco que le corresponde.

Bajamos a un barco auxiliar; en una cámara estrecha, a la luz de un farol redondo, hay cuatro ingleses que, por su aspecto, parecen pintores, comiendo higos que tienen en un saco de papel.

Crónica

Entran por la escotilla y bajan por una escalera a una cámara muy estrecha. Se ven, a la luz de un farol, tres hombres sentados, que están comiendo higos secos que cogen de un papel.

Paradox Rey

En «La Feria de los discretos»

En *La Feria de los discretos,* poco tiempo después, vuelve a utilizar en forma novelada sus impresiones del viaje a Tánger, tomándolas directamente de la crónica publicada en el diario madrileño.

Es el capítulo II, titulado «Conversación en el tren». Es indudable que este capítulo procede de la olvidada primer crónica de su corres-

(17) Esta estampa marroquí impresionó vivamente a los periodistas españoles. La encontramos también en una crónica de Vicente Vera, en general menos captador de lo pintoresco que Baroja: «... la mora, asentada sobre su silla de paja al lomo de su mulo, todos gritando: «Balac, Balac» (Cuidado). En el citado *Viajes y recuerdos.*

ponsalía de guerra. Los personajes que ocupan el vagón —que ha mejorado de categoría, ahora es de segunda, lo que reduce a seis el número de ocupantes—, un francés, un aldeano y su mujer, un cura y dos recién casados. (Lo que hace un pasajero más, como si el que habla hubiera olvidado contarse.) De la anterior versión se mantienen el cura y los dos recién casados. El militar y la señora se han transformado en la pareja de aldeanos. Ya adelantado el viaje, penetrarán en el vagón, como en la primera versión, los tres señoritos, aunque modificado en su aspecto anterior.

Con indudable acierto se ha cortado la descripción total del viaje desde la salida de Madrid. Quintín, el protagonista, despierta, bosteza, cuando el tren ya ha entrado en Andalucía y se aproxima a Baeza. Son notables las diferencias en la descripción del paisaje, aunque exista la coincidencia del tiempo aborrascado, poco frecuente y sobre todo alejado del tópico de la Andalucía soleada. Es fácil —por no decir seguro— que en la descripción del viaje han influido observaciones de un viaje posterior, el hecho a Córdoba en 1904. Sin embargo, existen coincidencias que evidencian la utilización de la crónica:

Un cura que se siente Zaratustra se repantiga y, haciéndose el dormido, empuja al de al lado para ocupar todo el calorífero. Además deja la ventana abierta porque él lleva dos mantas y una capa.

Crónica

Un cura de color de bronce, arrebujado en una capa.

La feria de los discretos

La estampa del cura ha perdido toques caricaturescos y anticlericales, también la indicación psicológica de su egoísmo y queda reducido a una figura de color sombrío, como esos personajes que parecen ocultarse en el fondo de un cuadro romántico. No habla, y se limita a permanecer en el vagón al igual que otros dos personajes pasados del artículo a la novela, descritos con mayor precisión, quizá completando el recuerdo:

dos recién casados andaluces que hablan con la más dulce de las melosidades.

Crónica

... dos recién casados, andaluces, que se hablaban a la boca con la más dulce de las melosidades.

La feria de los discretos

El militar, en la crónica, lee *El Heraldo,* y su lectura motivará el comentario en torno a los sucesos de Marruecos, que preocupan a todos

y son el encubierto tema de la crónica aparentemente costumbrista. Ahora, el francés un tanto tópico en que se ha convertido enseña al aldeano «una ilustración» (18).

La lluvia contribuye en ambos casos a dar tristeza al paisaje. Es curioso observar, como ya se ha dicho, que la pintura de éste ha variado, pero no su carácter, que conserva incluso una intención sociológica: la denuncia del latifundio. En el artículo, de modo más directo y evidente al lector:

> Se ven extensiones enormes, grandes llanuras limitadas por hileras de pitas, en donde pastan vacadas y rebaños.
>
> —Todo esto es del Duque—dice uno de los mozos, y a las dos horas vuelve a decir—, esto también es del Duque (19).

En la novela se suprime la conversación y el campo habla por sí solo a quien sepa escucharle:

> Con el tiempo húmedo y lluvioso era triste aquel campo desierto, sin una aldea en toda la extensión abarcada por la vista, sin caseríos, únicamente con algún cortijo pardo a lo lejos. Pasaron estaciones abandonadas, cruzaron extensos olivares con sus olivos en grandes cuadros, puestos en líneas sobre las lomas rojizas (20).

En las «Memorias de un hombre de acción»

Las más lejanas huellas de aquella experiencia barojiana se encuentran en *La ruta del aventurero* (escrita en Vera, 1916), donde la visión de la Serranía de Ronda, Sierra Carbonera, La Línea y Gibraltar y, al otro lado, Sierra Bullones, Ceuta y la costa africana, parece ampliarse con otra experiencia posterior.

Más clara es la interpolación de recuerdos y frases de sus crónicas en *El niño de Baza,* de *Los contrastes de la vida* (fechado en Itzea, 1920). Se nos cuenta un episodio de 1820, Aviraneta en una de sus andanzas llega a Gibraltar fugitivo y pasa con otro grupo de liberales a Tánger. En sus palabras hay todavía impresiones de la experiencia vivida por el joven Baroja. Así, en la llegada a Tánger:

---

(18) Ha de entenderse una revista ilustrada. En algún otro lugar Baroja emplea también la palabra «ilustración» como antonomasia por periódico ilustrado.

(19) En la crónica «De Madrid a Tánger».

(20) *La feria de los discretos,* cap. I. «Conversación en el tren». Puede observarse la frecuencia del vagón de ferrocarril en las novelas de Baroja. Ya en *La justicia,* uno de sus primeros artículos, se titulaba «En el vagón de tercera» (18 de diciembre de 1893). Luego el prólogo a *La busca,* y capítulos de *El gran torbellino del mundo, Las veleidades de la fortuna,* etc.

Anclamos en la bahía y desembarcamos en un bote tripulado por unos cuantos moros, españoles y negros, que gritaban todos en árabe, armando una algarabía de dos mil demonios.

Crónica

... frente a Tánger y se detuvo la lancha. Unas cuantas barcas y botecillos se nos acercaron con moros y cristianos vestidos con harapos de colores y se puso toda aquella gente a hablar y a chillar en una algarabía infernal. En esto nos atracó una lancha con dos remeros negros y tres moros limpios (21).

Contrastes

En los pasajes siguientes parece unirse el recuerdo con otra documentación. La distancia histórica apenas deja entrever la utilización de experiencias personales, como el enfrentamiento con la aduana marroquí, o este párrafo, que recuerda uno ya citado:

> Marchamos por una callejuela, tropezando a cada paso con burros cargados y seguidos por moros, que gritaban: ¡Balac! ¡Balac! (22).

En otros lugares

En *Intermedios* (1931) hay una alusión —mejor fechada— a su corresponsalía al agavillar una serie de «Siluetas de intrigantes». Entre éstos figura Gastón Routier, al que conoció en aquella ocasión. En ella nos dice que estaba en el Hotel Continental y que la tarea que le había sido encomendada «fracasó, porque estuve enfermo casi todo el tiempo». Añade que en ese hotel estaban también el corresponsal de *El Imparcial,* Vicente Vera y el doctor Belenguer (García Belenguer), que luego fue médico de Muley Hafid (23).

En las *Memorias* habla de nuevo de Routier y amplía sus recuerdos, como si tuviera delante sus crónicas, hasta el punto de recoger párrafos de alguna de las escritas por su hermano:

> El reportaje no resultó, por muchas razones. Rius pretendía que yo mandara noticias de los chismes y cuentos que corrían por allí.

Otra vez crónica y novela

Quizá la síntesis de la obra de Baroja en esta actuación de corresponsal periodístico esté en una frase de Andrenio (24). «Baroja es novelador, no comentarista.» Creemos entenderle que toda nota, todo apunte, toda impresión que traslada al papel corren a formar parte

(21) *Los contrastes de la vida* (O. c., III, 804).
(22) *Idem,* 85.
(23) *Obras completas,* 5, 654.
(24) *Novelas y novelistas.* Recogido en *Pío Baroja en el banquillo,* 119.

de un conjunto que inmediatamente adquiere categoría de novela. «Cada pormenor —añade Gómez de Baquero— es un trazo preciso, significativo, necesario, para que resulte el conjunto de la imagen.» Eso es cierto hasta cuando, como en este caso, no se propone novelar. De ahí que sus telegramas y crónicas se aparten de la función informativa periodística para lograr ese tono y espíritu de obra de ficción. Es lo que hemos visto en ellas.

También nos viene a mano otra opinión que toca a una peculiaridad de su prosa:

> Hasta cuando habla dando su opinión personal a alguna encuesta, sea política o literaria, a todos nos queda la sensación de que ha hablado no él, que está como un pequeño padre eterno —con barba y todo— absorto en la contemplación de la vida, sino cualquiera de sus personajes de confianza (25).

Quizá eso nazca de un modo de manifestarse que se desprende en gran parte de su modestia. Nada más lejos de la omnisciencia que su modo de disponer de las vidas de los personajes que crea. Es la misma posición que le hace enviar sus informaciones de Marruecos sin la seguridad y el énfasis propios del corresponsal al uso. La figura del periodista que lo sabe todo y lo ve todo se convierte en un hombre que se mueve por todas partes, curiosea, pregunta y expone siempre las fuentes de su información.

También Melchor Fernández Almagro encontraba una característica que la lectura de estos textos barojianos trae a un plano próximo:

> Tiene Baroja en su vivaz y penetrante estilo el don estético de la lejanía. Cuanto toca pierde la inmediatez... (26).

Es difícil saber si en su momento se advertía esto con la claridad con que se advierte ahora. Lo que no hay duda es que la escena del vagón de ferrocarril o el cruce del estrecho tienen en la crónica esa misma condición que Melchor Fernández Almagro señalaba, y que son evidentes en las novelas a que han pasado a formar parte.

La misma cualidad que llamó la atención de Fernández Almagro motivó comentarios, un tanto en otro sentido, de Benjamín Jarnes, criticando *Las noches del Buen Retiro*. Hablaba este crítico de «La zanja abierta entre la crónica y la novela». No atinaba a clasificar lo que acababa de leer. Sucesos de ayer aparecían contados como si de cosa inmediata se tratara. Sus preguntas eran «¿Periodismo ilustrado?

(25) EDUARDO DE ONTAÑÓN: «Baroja y sus recursos de astucia», *Luz*, 21 de abril de 1934.

(26) «Pío Baroja y su mundo», en *Pío Baroja en el banquillo*, I, p. 216.

¿Crónica novelada? ¿Mixtificaciones de un inagotable *Paradox?* Para tratar de darse luz a sí mismo exponía, casi pedagógicamente: «La crónica puede seguir inmediatamente al suceso; la novela necesita una gran pausa, una zanja bien visible entre el espectáculo y los lectores. Y esa zanja sólo puede abrirla el tiempo, con sus implacables golpes de azadón.»

Sin embargo, algo no encajaba. No existía la separación y la novela parecía crónica. Si hubiera tenido a la vista los artículos marroquíes de Baroja hubiera visto el problema desde el otro extremo del tubo, con idéntico resultado: La crónica tenía valores de novela.

Para salir de su confusión, el crítico resumía:

> En todo caso, se trata de un género intermedio cultivado por Baroja con admirable destreza (27).

Ese género, que es una forma de la novela, un aspecto, siquiera poco audaz —o tímidamente audaz—, es lo que podríamos llamar la novela barojiana, una novela que apenas si ha tenido intentos continuadores. Una novela en que lo que algunos pudieron denunciar como torpezas son hoy notables precedentes del actual modo de cultivar, desintegrándolo, el género novelesco. Piénsese en el desorden de la cronología y la narración lineal de esa larga novela que son las *Memorias de un hombre de acción.*

¿De dónde le vienen a Baroja estas irregularidades respecto a lo que se llamaba la arquitectura de la novela realista? Del mismo sitio que ese modo de construir la narración con tanto aspecto de novela como de crónica. Creemos que es evidente: del folletín. La multiplicidad de personajes y acciones obliga a dejar unos para tomar otros. También utiliza el salto atrás, a veces hasta el nacimiento, de un personaje maduro, que acabamos de conocer, para contarnos toda su vida. Hay en algunas novelas de la historia de Aviraneta cortes coincidentes con este aspecto de la técnica folletinesca.

No es la primera vez que relaciono a Baroja con el folletín. Tampoco soy el único. Aún no disponemos de un estudio que nos diga lo que la novela barojiana tiene y lo que no tiene del folletín. Creo que uno de sus valores es precisamente lo que supo salvar y elevar de las novelas populares, a que fue tan aficionado lector. Aquellos folletines de *Las Novedades* y *La correspondencia de España* de que hablaba en el prólogo de *La busca,* publicado en el folletín de *El Globo* aquel mismo año de 1902, y que quizá aún se conserven en la biblioteca de Vera, tuvieron mucha parte en su formación de escritor.

---

(27) «Baroja y sus desfiles», en *Pío Baroja en el banquillo,* p. 218.

El folletín era para él no sólo un género, sino una forma de vida. No toda la vida, pero sí un aspecto que podía estar infiltrado en ella.

Uno de sus primeros recuerdos, aún de niño, en San Sebastián, es el de la trágica historia de una envenenadora, que comenta:

> Fue para mí aquella escena una entrada del folletín en la vida (28).

En sus *Memorias* hallamos más recuerdos de infancia que le impresionaran vivamente: el del paso de un condenado a muerte por delante de su balcón y la posterior contemplación del agarrotado. Estampa repetida en más de una de sus miradas hacia su pasado y que le proporcionaría el primero de los romances de sus *Canciones del suburbio:*

> *En el balcón de una calle*
> *de una ciudad de provincias,*
> *al comenzar la mañana,*
> *y al primer albor del día,*
> *un chico pálido y rubio...* (29)

Ese sentido folletinesco de la vida es el que le llevó en sus primeras visitas al extranjero, en busca del París de Xavier de Montepin o Sue y el Londres de Dickens o las hazañas de «el Hombre Gris» de Ponson du Terrail. Y en ese ambiente folletinesco entran lo melodramático, lo pintoresco, lo misterioso —lo tenebroso— llega a decir el propio Baroja, y la acción. Baroja fue un apasionado de la acción. Recordamos que Marañón llegó a llamarle «aventurero frustrado».

El Olaiz que le representa en *La voluntad* (1902), de Azorín, confesaba una voluntad de acción:

> ¿Cómo me metí a escritor? No sé. Creo que si hubiera podido viajar y satisfacer mis instintos andariegos, no hubiera escrito ni una línea.
>
> No soy escritor por vocación, sino por imposibilidad de realizar una vida intensa... (30).

Frustración la señalada por Marañón, que encuentra un camino reparador cuando Pío Baroja comienza el primero de los capítulos que iban a desembocar en las *Memorias de un hombre de acción.*

La comisión que le encomendaba *El Globo* era prometedora, algo así como la inserción en un ambiente folletinesco, con el exotismo geográfico, el abigarramiento de gentes de diversas razas y atuendos, un sultán entibiado en su fe y costumbres, un rebelde santo como un

---

(28) *Rapsodias* (*O. c.* V, 872).
(29) *Obras completas,* VIII, 981.
(30) Carta a García Sanchiz. F. García Sanchiz: *Pío Baroja.* Madrid, 1905.

jefe almorávide, pulular de gentes de diversas potencias, manejo de claves secretas... (31).

La realidad se inclinó hacia lo prosaico. La aventura se convirtió en una rutina profesional. Pío Baroja debió de desanimarse antes de volver la espalda a las costas africanas.

Crítica noventayochista

El Globo no era un periódico gubernamental, ni los jóvenes que hoy llamamos «del 98» estaban tan lejos de su primer postura rebelde. Azorín, todavía José Martínez Ruiz, editorialista, expresa con frecuencia ideas que no están muy alejadas de sus artículos anarquistas de pocos años antes. En el ya citado artículo «Nietzsche en el convento», alude a la actuación de los hombres «apartados del mundo» que «han saqueado y arrasado pueblos, han encendido hogueras y tostado en ellas los hombres a centenares» y expone el punto de vista del periódico sobre los sucesos de Africa: «... no queremos la destrucción de un pueblo bárbaro como Marruecos, por ejemplo, para difundir unas cuantas ideas abstractas...».

El comentario en torno al barco de guerra enviado por el Gobierno español, tras denunciar la «falta de previsión y una total inutilidad de tan complicados y onerosos organismos» (el Ministerio de Marina, el Estado Mayor, etc.), ofrece la fórmula salvadora: «La provechosa enseñanza de que nuestro porvenir no está en andanzas internacionales, sino en el trabajo silencioso y productivo en nuestra propia casa.»

Pío Baroja es más sarcástico que el anterior articulista, probablemente su amigo Martínez Ruiz:

> Se comenta entre los europeos residentes en Tánger la llegada de las formidables máquinas de guerra que enviamos españoles y portugueses para proteger a nuestros súbditos.
>
> *El Reina Amelia*, juguete inofensivo, y el *Infanta Isabel*, cascarón artillado con cápsulas viejas, tan avezados a las grandes correrías marítimas que, para llegar a Tánger ha tenido que refugiarse en Tarifa y esperar el buen tiempo.
>
> Se habla de esto: los hijos de las grandes naciones ríen viendo nuestra demostración naval, de una ridiculez épica... (32).

El tema surgirá de nuevo en días posteriores, y de modo más explícito en las crónicas que en los telegramas. En ellas la alusión al

(31) Ya redactado este trabajo me salta a la vista una frase de Baroja en sus *Memorias* que coincide con el espíritu que yo le suponía. «En la juventud hubiera ido con gusto de corresponsal, aunque fuera anónimo, a cualquier país del Norte, a Escandinavia o al Canadá, pero no lo pude conseguir». *Memorias. Galería de tipos de la época*, p. 240.

(32) *El Globo*, 9982, 3 enero de 1903.

mal gobierno no está sólo en las palabras del militar que vimos denunciar el estado de indefensión de las plazas españolas y la acusación de que los moros se arman con fusiles procedentes de la Península. El cronista habla también del escaso prestigio de España en Tánger, a pesar de lo numeroso de su colonia, de la extensión del castellano, de la influencia de la moneda, el comercio, los rótulos de los comercios en español, la existencia de un periódico en nuestra lengua: «Pues a pesar de toda esta influencia española, parece que España es la que menos pito toca en este desafinado concierto algerino», escribe el ingenuo y desenfadado periodista.

En el comentario de algunos detalles también se observa el mismo espíritu de crítica:

> El telégrafo inglés está fuera de la ciudad, y no hay más remedio que telegrafiar por él, porque el español (cosa castiza) está roto hace días (33).

Un acento anticlerical, muy heredado del siglo XIX, hay en la pintura del cura que viaja en el tren, o en la de aquel tendero moro que «ofrece al comprador un semblante rollizo y barbudo como el de un fraile español», en la crónica titulada «Tánger».

La nota noventayochista más acentuada la da al comentar la actitud de la población indígena ante la posible intervención europea:

> Les ocurre algo de lo que se creía en España —y que, aunque triste es decirlo, fomentaron los periódicos cuando la guerra hispanoamericana—. Muchos creían que los yanquis correrían como liebres delante de nosotros, y que sus barcos eran mucho peores que los nuestros (34).

La visión de Marruecos no es muy favorable. Admirable para un artista, por su pintoresquismo (en las *Memorias* recoge una asociación de ideas que le hace pensar en los cuadros de Fortuny), el abigarramiento que contribuye a formarlo descubre la suciedad —«el Zoco Grande es una explanada que ahora está intransitable de fango y porquería»; al lado de «los pastelillos y buñuelos, que un moro o un judío cochinísimos manosean, se encontrarían apetitosas las gallinejas del Puente de Toledo», y la visión de los mendigos es horrible, «los soldados venden el fusil para comprar ginebra», etc.—. «Los marroquíes —define— tienen un espíritu contrario a la civilización moderna.»

Julio Caro Baroja en sus jugosas *Memorias familiares* tituladas *Los Baroja*, donde recoge con transparente exactitud la figura y el

(33) En la crónica «Tánger», de 8 de enero de 1903.
(34) En la crónica «Origen del conflicto», 9 enero de 1903.

pensamiento de su tío Pío, nos transmite la impresión de aquellas tierras que guardada por el escritor:

> Conservaba un recuerdo poco grato de la sociedad de Tánger y sus alrededores..., toda aquella morisma abigarrada le había producido más bien asco que otra cosa (35).

Finalmente, *Paradox Rey* nos dice entre picardía y farsa grotesca lo que el joven Baroja pensaba de la colonización europea de los países africanos. Los beneficios de la civilización resultan perjudiciales para los pobres salvajes. La ironía y la burla con que se desarrolla el argumento pueden tener algún origen —junto a la formación procedente de lecturas— en lo que el joven Baroja observó durante sus idas y venidas por la ciudad tangerina.

* * *

Podrían cerrarse estos comentarios a un breve episodio de la vida de Baroja ligada a una mínima parte de su obra, con un estudio del estilo que revelan sus crónicas. Exime de ello su colocación entre *Camino de perfección* y *La busca:* Cuanto se ha dicho del autor de estas obras en aquel momento puede aplicársele al articulista.

JORGE CAMPOS

General Pardiñas, 82, B
MADRID

(35) Página 520.